

ENRIQUE DIEZ-CANEDO Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL
Universidad de Sevilla

*A Elena Barroso, impulsora de hermosos proyectos colectivos,
con admiración y gratitud.*

RESUMEN

Las relaciones de amistad y literarias entre Diez-Canedo y Juan Ramón Jiménez constituyen uno de los capítulos más fecundos de la literatura española de la primera mitad del siglo. Su colaboración en algunas de las revistas más importantes de la época o en la *Antología* de poesía francesa son solo una muestra de ello. Aparecida el mismo día de su fallecimiento, la monografía *Juan Ramón Jiménez en su obra* es una buena muestra del quehacer crítico de Diez-Canedo y un importante hito en la crítica juanramoniana.

PALABRAS CLAVE

Enrique Diez-Canedo y Juan Ramón Jiménez, crítica literaria, modernismo, poesía esencial, prosa y crítica juanramonianas.

ABSTRACT

The relationships between Diez-Canedo and Juan Ramón Jiménez are one of the very important moments in Spanish literature, in the 20th century. Specially, their collaboration in some of the most important magazines, and the *Antología* of French Poetry. The book *Juan Ramón Jiménez en su obra* is very representative in the Diez-Canedo's Literary Criticism, and a innovation in the studies on J. R. J.'s poetry.

KEY WORDS

Enrique Diez-Canedo and Juan Ramón Jiménez, literary criticism, modernism, essential poetry, prose and criticism analysis.

RÉSUMÉ

Les relations littéraires et d'amitié entre Enrique Diez-Canedo et Juan Ramón Jiménez constituent un des plus importants chapitres de la littérature espagnole du xx^e siècle. Ils ont collaboré dans quelques importantes revues de l'époque et, particulièrement, dans la préparation de l'Antologie de la Poésie Française. *Juan Ramón Jiménez en su obra* est une profonde analyse dont nous pouvons connaître la critique littéraire de Diez-Canedo et, à la fois, le renouvellement des études sur la poésie de J. R. J.

MOTS-CLÉS

Enrique Diez-Canedo et Juan Ramón Jiménez, critique littéraire, modernisme, poésie essentielle, analyse de la prose et de la critique de Juan Ramón Jiménez.

En la breve pero acertada nota que Antonio Sánchez Zamarreño dedica a Enrique Diez-Canedo (Badajoz, 1879-Cuernavaca, México 1944) en el *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, se afirma que "su intensa actividad como traductor, prestigiosísimo crítico de arte y de teatro, ensayista, animador de proyectos literarios y poeta lo convierte en una de las personalidades intelectuales más influyentes de las primeras décadas del siglo" (en R. Gullón, dir., I, 1993 p. 455). En efecto, pocos creadores e intelectuales de su época ofrecen un perfil tan estimulante y atractivo. De él que son buena muestra sus obras poéticas (elogiadas por Juan Ramón y Unamuno) *Verso de las horas* (1906), *La Visita del sol* (1907), *La sombra del ensueño* (1910), *Algunos versos* (1924), *Epigramas americanos* (1928), *El desterrado* (1940), *Jardinillos de Navidad y Año Nuevo* (1944) y *Epigramas americanos* (segunda serie) (1945); sus traducciones de W. Armstrong A. Pushkin, F. Jammes, M. Desbordes-Valdemore, J. Renard, E. Heine, J. Webster, Ch. Baudelaire, W. Whitman y J. Giradoux, entre otros (espléndida su antología *La poesía francesa moderna*, de 1913); sus numerosas colaboraciones en la prensa periódica (*Diario Universal*, *El Sol*, *Índice*, *Tierra firme*, *Taller*) recogidas en los volúmenes *Conversaciones literarias* (1921), *El teatro y sus enemigos* (1939), *La nueva poesía* (1941) su papel, en fin, como animador cultural en el período previo a la guerra civil en la revista *Madrid*, de la que fue director, en *Hora de España* o en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en Valencia, y más tarde como profesor en su exilio mexicano

Su interés por una y otra orilla del Atlántico es manifiesto en su discurso de ingreso en la Academia “Unidad y diversidad de las letras hispánicas” (1935). Diez-Canedo era uno de los críticos que mejor conocía la poesía hispanoamericana del primer tercio de siglo y, en 1927, viajó por América Latina (especialmente a Chile) invitado por la Unión Iberoamericana para ofrecer un ciclo de conferencias. Del programa de 20 conferencias que desarrolló en la Universidad de Santiago de Chile, que comenzaba con Ganivet y los iniciadores, Rubén Darío y los comienzos del modernismo en España, y concluía con una reflexión sobre “el ultraísmo y sus mantenedores” y “la nueva literatura”, dedicaba la novena conferencia a “Juan Ramón Jiménez y la crítica”.

Octavio Paz (1991, *OC*, 3, pp. 310-311) ha insistido en este especial conocimiento que tenía Diez-Canedo de la literatura latinoamericana y, especialmente, de la mexicana: “Para casi todos ellos [los poetas españoles republicanos] la palabra México dejó de aludir a una vaga historia y una remota geografía para convertirse en una presencia. La mayoría de los poetas españoles, con unas cuantas excepciones, como la de Enrique Diez-Canedo, no conocían o conocían mal a los poetas mexicanos”. Y tras subrayar el doble efecto de familiaridad y extrañeza que en ellos provoca la poesía mexicana, añade: “Enrique Diez-Canedo, poeta, traductor y crítico perspicaz injustamente olvidado, refleja en uno de sus epigramas *mexicanos* la sorpresa de este encuentro consigo mismo que es, para todo español sensible, el primer encuentro con México:

Hombre: ya estás aquí. Con tu sola presencia,
para ti, vuelve a ser México Nueva España”.

Son muchos los aspectos de interés que quedan por investigar sobre la vida, la obra y las interinfluencias culturales de Enrique Diez-Canedo. Nuestra reflexión se centrará en el estudio de su amistad y sus relaciones literarias con Juan Ramón Jiménez y, en particular, en la extraordinaria aportación que supone la publicación, el mismo año de su muerte, de *Juan Ramón Jiménez en su obra* (1944), un verdadero hito en la investigación sobre la poesía, la prosa y la crítica de quien será años más tarde Premio Nobel de Literatura.

UNA FECUNDA RELACIÓN LITERARIA: ENRIQUE DIEZ-CANEDO Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

No sabemos exactamente cuándo y cómo se conocieron Juan Ramón y Diez-Canedo, aunque sí que fue con posterioridad a 1908. En

cualquier caso, la amistad entre ellos fue sincera y profunda, se mantuvo viva hasta la muerte, en 1944, de Diez-Canedo. Juan Ramón profesaba un especial cariño a la hija de Enrique, María Teresa, para quien inició un álbum de poemas y de cuya boda fue testigo el 13 de junio de 1935.

Según refirió Ricardo Gullón en *ABC* (14 de enero de 1989), entre los papeles inéditos de Juan Ramón que se conservan en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Río Piedras en Puerto Rico, se conserva una lista de “hombres buenos” y de “hombres malos”. Uno de los que figuraban en la relación de los buenos era el de Enrique Diez-Canedo, junto a otros como Alfonso Reyes, Gregorio Martínez Sierra o Gabriel Franco.

Tras la muerte de Diez-Canedo, Juan Ramón quiso ofrecerle en homenaje el libro que en 1946 tenía casi concluido *Con la rosa del mundo*. Según J. M. Fernández Gutiérrez (1984, p. 44) “pensaba publicarlo sin interés económico alguno, sino únicamente con la intención de instituir el *Premio Poético Enrique Diez-Canedo* para el mejor libro anual de jóvenes poetas españoles o mejicanos”. En efecto, en carta a Pablo Bilbao Arístegui afirma: “En Méjico darán pronto una antología ‘Con la Rosa del Mundo’, dedicada a la memoria de Enrique Diez-Canedo; y cuyo importe será para crear un premio de poesía” (J. R. Jiménez, 1962, p. 365).

Son varias las referencias de interés a Diez-Canedo en los dos volúmenes de conversaciones *Juan Ramón de viva voz*. A propósito de la antología dedicada a la poesía hispanoamericana por Federico de Onís, Juan Guerrero (1998, p. 218) recoge el siguiente testimonio de Juan Ramón, en el que queda patente la excelente opinión que tiene acerca de Enrique Diez-Canedo como conocedor del modernismo: “Es una lástima que Onís no haya venido a Madrid antes de dar su libro a la imprenta, porque tal como están agrupados los poetas de esta primera parte resulta un disparate enorme. Si él hubiera hablado conmigo, a pesar de su carácter, estoy seguro de que hubiera variado esencialmente el libro, pues lo que ocurre es que desconoce por completo la formación del Modernismo en España. Los que mejor podemos hablar de esto somos Villaespesa –que fue el gran manipulador del Modernismo–, Diez-Canedo, que está bien informado de este movimiento, y yo, porque lo he vivido, con mi amor de siempre a la poesía”.

Sin embargo, la relación entre ambos no estuvo nunca llevada por el elogio fácil, sino por la sinceridad; el peculiar carácter de Juan Ramón aflora cuando se trata de una crítica de Diez-Canedo a un libro de Sali-

nas (cuyas relaciones con el mogueño fueron siempre tan conflictivas): “También comentamos el artículo de Diez-Canedo sobre el libro de Salinas, que estima carecía de interés porque Diez-Canedo ya se repite mucho. Le digo que la poesía que citaba la puedo incluir en su “eco mejor”, porque recuerda mucho las del *Diario*” (Juan Guerrero 1998, p. 310). Con todo, varios días más tarde cita de nuevo a Diez-Canedo entre sus personas de confianza en *El Sol*, y a propósito de su temor de que puedan introducir erratas en sus colaboraciones, dice Guerrero Ruiz (1998, p. 333): “No ha querido molestar a las personas que allí conoce, como Diez-Canedo, Salazar, Rodolfo Halfter, aun cuando desearía que alguien se interesara por corregir de un modo cuidadoso las pruebas”.

En varias ocasiones Guerrero Ruiz (1998, pp. 298, 307) alude a cartas de Diez-Canedo a Juan Ramón, que este le deja para que, entre otras, pueda copiarlas, se refiere en concreto a “una muy extensa de Diez-Canedo, del año 1908, cuando aún no se conocían personalmente”. Juan Ramón conocía, sin embargo, la poesía de Diez-Canedo, y Graciela Palau de Nemes (1974, p. 357), a propósito de la labor de selección que Juan Ramón realizó para *Renacimiento*, recuerda que “cuando llegó la hora le mandaron, entre otras, unas poesías de Amado Nervo, de Andrés González Blanco y de Enrique Diez-Canedo, recomendándole que fuera benévolo y eligiera algunas, ya que los autores se portaban bien con ellos”. Sabemos que Juan Ramón tenía en gran estima la poesía de Diez-Canedo, que había publicado en 1907 su segundo libro de versos, *La visita del sol*, y a quien consideraba un “poeta sin mancha”, según la dedicatoria del primer tomo de las *Elegías*, *Elegías puras*.

De especial interés nos resulta la colaboración de Juan Ramón con la antología de Enrique Diez-Canedo, de 1913, *La poesía francesa moderna*, para la que tradujo en prosa cuatro poemas (“El recuerdo desgarrador”, “A la muñeca de cera”, “Voluptuosidad” y “El último amante”, de Pierre Louÿs) y en verso “La hora del pastor”, “Claro de luna” y “Mandolina” de Paul Verlaine; “Otoño” de Albert Samain; “O toi qui sur mes jours de tristesse...”, “Je me compare aux morts...”, “Les morts m’écoutent seuls”, de Jean Moréas, y “Epigrama”, de Henri de Regnier. Octavio Paz (1991, *OC*, 4, p. 179) ha recordado “el fervor con el que fue leída la *Antología* de Diez-Canedo y Fortún” por todos los jóvenes escritores de España y América Latina. Y añade: “Hace años que Neruda me confió que ese libro fue su primer contacto con la poe-

sía francesa y subrayó: ‘como ocurrió con casi todos los poetas hispanoamericanos de esos tiempos...’.

Aunque en el inicio de la aventura de *Renacimiento* aún no se conocían Diez-Canedo y Juan Ramón, su colaboración será estrecha en otros proyectos posteriores, especialmente en el caso de *Índice* (1921), revista dirigida por Juan Ramón (aunque ello no constaba en la publicación) y en la que figuraban como secretarios el propio Diez-Canedo y Juan Guerrero Ruiz. Según indica J. M. Fernández Gutiérrez (1984: 37) “tal es la afición y el interés que pone Diez-Canedo en la revista de Juan Ramón que pasó la noche entera en la imprenta para que el primer número saliera impecable”.

Si la relación recogida por A. Campoamor (1999, pp. 552-553) es completa, las reseñas dedicadas por Diez-Canedo a Juan Ramón son las siguientes:

“Elegías I. *Elegías puras*” (1908).

“Olvidanzas, I. *Las Hojas verdes*” (1909).

“Elegías II. *Elegías intermedias./ Baladas de Primavera*” (1910).

“Juan Ramón Jiménez: *Poesías Escogidas (1899-1917)* ” (1917).

“Sobre *Platero*” (1920).

“Las antologías de Juan Ramón Jiménez” (1924).

“Juan Ramón Jiménez y su continuidad” (1933).

“Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y los comienzos del modernismo” (1943).

Además fueron muchas las reseñas y reflexiones sobre la creación poética en las que menciona al poeta que sin duda ejerció mayor influencia sobre él y llamó más poderosamente su atención crítica. “Trigo –recuerda J. M. Fernández (1984, p. 52)– sería el maestro en la narrativa y Juan Ramón, tan admirado en otros aspectos por Diez-Canedo, tendría importancia capital en el erotismo de los poemas porque la estética de los jardines de *Ninfeas*, *Almas de violeta*, *Jardines lejanos* y *Pastorales* tendría, según demuestra Lily Litvak, mucha más importancia de la que suele admitirse en las Historias de la Literatura”. En efecto, la sensualidad juanramoniana ofreció poemas extraordinarios en la primera década de siglo, aunque más tarde su imaginación se vería en parte recortada (o desviada) por ciertos aspectos puritanos de Zenobia. La huella de algunos de esos poemas (y vuelvo a insistir: más sensuales incluso que eróticos) es determinante en la poesía de Diez-Canedo. Quede, para otro momento, este análisis de influencias, para pasar a considerar una de las obras mayores de la crítica de Diez-Canedo: la

monografía que dedicara, casi como última tarea de su vida, a su admirado Juan Ramón.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN SU OBRA

La última de sus obras publicadas *casi* en vida por Enrique Diez-Canedo es su monografía *Juan Ramón Jiménez en su obra*, que había madurado durante un cursillo ofrecido en los meses de enero y febrero de 1943 en la Universidad Nacional Autónoma de México, y posteriormente desarrollado en el marco de un curso ordinario sobre Poesía moderna española. Decimos *casi* en vida porque el libro salió de la imprenta el mismo día de su muerte, según se nos aclara en el colofón: “Al cuidado de Joaquín Diez-Canedo y de Francisco Giner de los Ríos, se terminó de imprimir este libro el día 6 de junio de 1944, fecha misma en que falleció su autor, Enrique Diez-Canedo, a cuyo recuerdo lo ofrecen, como prenda de admiración y cariño *El Colegio de México*, el *Fondo de Cultura Económica* y la *Gráfica Panamericana*”.

Del Curso que dio origen al volumen sabemos por una carta dirigida por Juan Ramón a Diez-Canedo el 6 de agosto de 1943 desde Washington, que se incluye como capítulo IX del libro (también fue ofrecida por F. Garfias en el volumen de *Cartas de J. R. J.*). La estructura del cursillo era la siguiente:

1. La España poética de Rubén Darío en 1892 y 1898. J. R. J. y el Modernismo.
- 2 y 3. J. R. J. en su poesía esencial.
4. La prosa se hace poesía.
5. J. R. J. crítico de sí mismo y de los demás.
6. J. R. J. y sus resonancias.

El volumen está dividido en nueve capítulos precedidos de una “Advertencia preliminar” y seguido de “Bibliografía de J. R. J.” y de “Índice de nombres y obras citados”. Su propia estructura nos hace ver que predomina el enfoque histórico sobre el crítico, aunque completado con perfiles de Juan Ramón casi inéditos hasta el momento:

- I. El modernismo en España
- II. J. R. J. en sus comienzos
- III. Primera plenitud
- IV. J. R. J. poeta esencial
- V. La prosa se hace poesía

- VI. J. R. J. crítico de sí mismo y de los demás
- VII. Resonancias
- VIII. Proyectos
- IX. La obra de Juan Ramón Jiménez

Casi una década después de su publicación, en la conversación mantenida con R. Gullón (1958, p. 99) el 3 de diciembre de 1953, Juan Ramón ofrece una visión global de los libros publicados hasta el momento sobre su poesía: “El mejor es el de Carlo Bo. El de Thelma Lamb, la viuda del poeta mejicano Bernardo Ortiz de Montellano, es también buen libro. Emmy Neddermann mezcla en su estudio lo histórico y lo crítico. El de Gastón Figueiras, como el de Enrique Diez-Canedo se atiene a lo histórico, sin apenas crítica. En cambio el de Bo, que es excelente, se limita a la crítica, y la hace de modo casi abstracto”.

Es cierto que el ensayo *La poesía con Juan Ramón* del hispanista italiano Carlo Bo (1943, p. 18), próximo a las posiciones del hermetismo poético, está lleno de observaciones sagaces y sugerencias. Pero a través de él no nos podemos hacer una idea cabal de la progresión poética del moguereno. Tal vez por esto fuera de su agrado (por esa suerte de intemporalidad y simultaneidad con la que se nos aproxima a su poesía) y, especialmente, la consideración de que, entre los poetas de Europa “ninguno mejor que J. R. Jiménez —desde hace tanto tiempo— puede aparecer como el último inventor de un material de símbolos, como el intérprete mejor dotado de una música de símbolos ya pasada, y, sin embargo, tan preciosa a nuestra ávida memoria cargada de ejemplos”.

Quizás Juan Ramón sea algo injusto en este caso con Diez-Canedo. Pero más bien podemos hacer la lectura inversa: a Juan Ramón le hubiera gustado que quien conocía tan a fondo su creación poética se hubiera adentrado por los caminos del comentario crítico, más que contextualizar las diversas etapas de progresión de su escritura aunque, como veremos, es mucho más lo que hace Diez-Canedo. Este, sin embargo, no se hubiera incomodado en absoluto con la conocida y extrema exigencia de Juan Ramón; al comienzo del capítulo sexto de *Juan Ramón Jiménez en su obra*, “J. R. J. crítico de sí mismo y de los demás” recuerda la ley de su conducta crítica: *Alentar a los jóvenes, exigir, castigar a los maduros; tolerar a los viejos*.

Nadie puede dudar, como se ha indicado, de la alta estima que Juan Ramón tiene por la crítica de Diez-Canedo, al que decía al final

de la carta del 6 de agosto de 1943: "Me gustaría mucho conocer las conferencias tuyas sobre mí, de las que ya sé tendrán la austera justeza sin extremo innecesario, que siempre he admirado y que harían de usted, como le vengo diciendo hace veinte años, el historiador más competente y sereno de la literatura contemporánea española jeneral. ¿Por qué no se pone a la obra?"

Los testimonios de Juan Ramón sobre Diez-Canedo recogidos en diversas obras (especialmente las de Gullón y Juan Guerrero) son casi siempre extraordinariamente favorables; pero incluso cuando no lo son deben ser leídos como comentario excepcional que se realiza acerca de alguien de quien se espera mucho. Así, por ejemplo, cuando comenta a Gullón (1958, p. 81) su manera de escribir y corregir y saca a colación lo que denomina "corrección por sorpresa", es decir, la que surge espontáneamente al recordar un verso, cita uno de los del poema "Marina de ensueño":

Dulces luces azules de túneles y buques

que, en la versión publicada decía

Dulces luces azules de túneles y puertos

y añade: "Diez-Canedo dijo que este verso estaba mal elaborado; no supo leerlo ni comprendió cómo había nacido".

También se refiere a Diez-Canedo a propósito de la poesía de lo inefable. Cuando comenta el "Cantar del alma que se goza en amar a Dios por fe" de San Juan de la Cruz dice: "Este poema se refiere a la Eucaristía, pero cuanto dice lo mismo puede aplicarse a la poesía, a la verdad y a la belleza. Es un ejemplo de poesía inefable. Diez-Canedo y otros críticos piensan que lo indecible no existe, pero si hay palabra para designarlo es porque ciertamente expresa con ella algo real, algo existente. / Poesía inefable existe. La poesía es una tentativa de aproximarse a lo absoluto por medio de los símbolos" (R. Gullón, 1958, p. 108).

Es posible que Diez-Canedo, hombre abierto a todo lo que trasciende la materialidad del humano vivir y con un pensamiento, con todo, fuertemente impregnado de institucionismo y krausismo, se resistiera a consideraciones metafísico-poéticas. Y, desde luego, no podemos reprocharle que manifestara sus dudas en relación con el verso mencionado de Juan Ramón, en el límite mismo de lo que admite el virtuosismo de los efectos aliterativos.

UN PARÉNTESIS: SOBRE *HOJAS VERDES*

He mencionado estos dos motivos de discrepancia de Juan Ramón con nuestro crítico, porque por otro lado ilustran muy bien su modo de abordar las creaciones literarias: con una gran libertad de discernimiento y con una gran competencia cuando se trata de dilucidar qué tipo de recursos y resortes se ponen en juego para conseguir determinados efectos. Un extraordinario ejemplo de este proceder, que nos iluminará antes de ofrecer algunas reflexiones sobre la monografía que dedica a Juan Ramón, es la reseña de *Hojas verdes*.

En ella comienza contextualizando la obra en el momento de la evolución poética de Jiménez, y reflexiona a fondo sobre “el carácter adjetivo que *Olvidanzas* representa en la totalidad de su obra”, partiendo de las propias palabras del poeta: “Yo hice aquellos ramos de flores... Escogí las rosas blancas, los jazmines, las adelfas, las violetas, las celindas. Entonces quedaron las hojas verdes”.

Una vez presentada la obra, Diez-Canedo reclama nuestro interés sobre “otras particularidades que me parecen muy dignas de alguna atención. Refiérense todas a la técnica”. Y advierte lleno de razón: “Juan Ramón Jiménez es, en lo técnico, un poeta que se da cuenta de lo que hace. En la sencillez de sus romances o de sus cuartetos octosilábicos hay más sabiduría que en los alejandrinos de muchos poetas nuestros de los más señalados. Pero esta sabiduría es toda interior, y es de la que procede por simplificaciones, no por alardes. Ahora bien: el libro que motiva estas notas es un libro de alardes”. Y cita algunos ejemplos de rimas no con la terminación de la palabra, sino con una sílaba central, como el conocido de “Otra balada a la luna”:

Tú, que entre la noche bruna,
 en una torreamari-
 eras como un punto ¡oh luna!
 -lla,
 sobre una i.

Diez-Canedo califica –con toda razón– la innovación de “peligrosa”, aunque no sea ni inadmisibles, ni inusitada. Y aquí hemos advertir una notable característica de la crítica de nuestro autor: su profundo calado cultural, no sólo en el marco de nuestra tradición literaria y cultural (muy oportunamente cita a Fray Luis de León), sino de otros ámbitos literarios (y aquí es brillante su mención de Giovanni Pascoli).

Diez-Canedo va aún más lejos, al relacionar este aspecto de la métrica con otras posibilidades de rima y, en particular, con su teoría

de los *semiconsonantes*: "Hay palabras que, siendo en realidad asonantes (por constar en su terminación de vocales iguales y consonantes distintas), ofrecen otro valor a causa del parentesco de las consonantes que las forman, o de cierta aliteración". Y aduce un ejemplo del propio Juan Ramón, en su poema "Lluvia de otoño":

... El agua lava la hiedra,
rompe el agua verdinegra,
el agua lava la piedra...

Y, de inmediato, documenta su teoría con otros casos de Lope de Vega.

Sensibilidad estética, conocimiento de las claves de las técnicas literarias, amplio bagaje cultural tanto en el marco hispánico como de otras literaturas europeas, tendencia natural al comparatismo... He aquí algunos de los rasgos más notables de la crítica de Diez-Canedo.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA PENETRANTE MIRADA CRÍTICA DE DIEZ-CANEDO

Una lectura pormenorizada de *Juan Ramón Jiménez en su obra* (en adelante nos remitimos directamente a las páginas de la edición citada) nos lleva a destacar igualmente otras aportaciones, tanto de orden teórico-crítico, como histórico-filológico en el proceder de este espléndido conocedor de las literaturas hispánicas:

1. Desde el propio título, Diez-Canedo subraya el objetivo básico de su estudio: conocer y apreciar a Juan Ramón Jiménez *a través de sus escritos*. Un principio tan válido en el orden general de la crítica como, en este caso, aplicado al autor concreto, que ha hecho de su propia vida un excipiente de su obra literaria.

2. Sin embargo, tal planteamiento, propio de la que posteriormente sería llamada "poética inmanentista", no evita las necesarias *referencias a los contextos pertinentes*, y no ahorra datos biográficos, de influencias o del contexto histórico-social que permiten una mejor comprensión de la creación juanramoniana.

3. En particular, su *concepción del modernismo*, muy próxima por cierto a la de Juan Ramón, constituye el telón de fondo desde el que se hace comprensible la obra del moguerense: "El modernismo es más que una escuela: es una época; y su influjo sale del campo literario para ejercerse en todos los aspectos de la vida" (p. 9). La conexión de la estética modernista con el simbolismo y la valoración del papel de

Rubén Darío (a quien asigna un papel esencial en la “influencia del retorno” o comienzo del influjo del espíritu americano en el español) son aspectos esenciales del primer capítulo del libro: “Por Rubén Darío ha de empezar, y va haciéndose costumbre de que así sea, todo estudio de la poesía española y de su desarrollo en todo lo que va de siglo” (p. 11). Y de él destaca dos rasgos esenciales: “soplo cosmopolita, expresión individual” (p. 16). Igualmente fascinante es la sagacidad con que Diez-Canedo llama nuestra atención acerca del interés de Juan Ramón por encontrar *Los raros*, y la influencia que esta obra (que hablaba, entre otros, de Edgar Alan Poe, de Paul Verlaine, de Villiers de l’Isle-Adam, de Léon Bloy, de Jean Moréas, de Lautréamont, de Ibsen, de José Martí, de Eugenio de Castro...) tuvo sobre los jóvenes poetas españoles. Abundando en datos que hoy denominaríamos de “sociología literaria” presenta las revistas más influyentes y el ambiente intelectual en el que surge el esteticismo modernista, para concluir acertadamente (al menos hoy así lo consideraríamos en cuanto al modernismo “parnasiano”, de rompimiento o “de escuela”): “Todos los poetas llamados “modernistas” sobreviven al modernismo que es sólo un tránsito: para los mejores, el comienzo de una liberación que los lleva en seguida por los caminos propios” (p. 25).

4. Diez-Canedo, establecido el trasfondo de la escritura juanramoniana aborda con precisión –y alejándose de ciertos tópicos– los inicios literarios, que tanta importancia tienen en todo escritor y, especialmente, en Juan Ramón: “Duró, pues, el modernismo de nuestro poeta, según su cómputo, apenas tres años, si se cuentan dentro de él los primeros libros publicados en revistas y los tres libros iniciales. *Almas de violeta* y *Ninfeas*, ambos de 1900, y las *Rimas*, de 1902. Para mí, aún dura menos. Porque en algunos de estos versos primerísimos se apunta ya la propia, señera y decisiva personalidad del poeta, en su primera fase que llega hasta 1915” (p. 27). A estas tres obras se remite en el capítulo “J. R. J. en sus comienzos”, indicando algunos interesantes precedentes de publicaciones en revistas y apuntando las claves de la superación del modernismo, así como la posterior sanción positiva que su autor hará, al menos de algunos poemas en la *Segunda Antología poética* (1920).

5. Fiel siempre a las orientaciones del propio poeta –algo que en el caso de Juan Ramón, con alguna que otra escasa excepción, constituye un gran acierto, por ser el mejor crítico de sí mismo– Diez-Canedo transcribe la nota autobiográfica “Habla el poeta”, publicada en 1907 en *Renacimiento* y traza las claves de esta “primera plenitud” que se

inicia con *Arias tristes* (1903) y que llegaría hasta las *Elegías*, *Las hojas verdes*, *Baladas de Primavera* y *Platero y yo*. Encontramos aquí una primera e interesante reivindicación de la etapa moguerña (1905-1912).

6. La poesía esencial de Juan Ramón ocupa el capítulo IV y hasta cierto punto central de la obra, en el que, ciertamente echamos en falta un análisis mucho más pormenorizado de las grandes obras de Juan Ramón, que apenas se aluden y brevemente se glosan: “En la segunda parte de su obra de poeta, después de tres libros de transición: *Estío* (1915, publicado en 1916, en que ésta se marca); los *Sonetos espirituales* (1914-1915, publicado en 1917), obra singularísima, con perfecta unidad formal; y el *Diario de un poeta recién casado* (de 1916, publicado también en 1917), en que el paisaje melancólico se trueca por la sensación vigorosa del mar, sólo hay dos libros del todo nuevos: *Eternidades* y *Piedra y cielo*, de 1917 y 1918. Los demás son antologías” (p. 53). Y Diez-Canedo alude no sólo a la de la *Hispanic Society* de 1917 y a la *Segunda Antología poética*, sino a esas otras obras que ya revelan un exceso de producción incontrolable en nuestro poeta: *Poesía*, *Belleza*, los cuadernos *Unidad*, *Sucesión*, *Presente*, *Obra en marcha*, e incluso llega a los límites mismos de la guerra civil con *Canción*. Es lástima que Diez-Canedo no aprecie que *El Diario* es el centro mismo de esta nueva etapa y que forma un trabado ciclo con *Eternidades* y *Piedra y cielo*. Es cierto también que aún no ha tenido ocasión de conocer la producción americana del poeta, aunque en esta obra encontramos riquísimas alusiones al reinicio de una pauta de escritura con *Espacio* que culminaría con *Dios deseado y deseante* y con los poemarios de *Lírica de una Atlántida*, entre otros. Diez-Canedo sabe apreciar —por encima de otras dificultades— la esencialidad lírica de nuestro poeta: “todo se reconcentra aquí: la pasión, el sentimiento de naturaleza y paisaje, la meditación, la exhortación a sí mismo, el ansia de eternidad” (p. 64).

7. Aún hay varios méritos más en esta obra fundamental de la crítica canediana:

a) llamar nuestra atención sobre la prosa juanramoniana, con su desbordante fuerza poética, tanto en su obra más conocida, *Platero y yo*, como en los retratos y caricaturas líricas de *Espanoles de tres mundos*, recién impreso por entonces en Buenos Aires (1942);

b) ser uno de los primeros que reivindica la importancia de la poética y la crítica de Juan Ramón, tanto en los ensayos más teóricos (“Estética y ética estética”, “Política poética”) como en sus reflexiones

sobre San Juan, Góngora, Gracián, Rubén Darío y el modernismo, o sobre "Poesía española contemporánea". Y Diez-Canedo termina sintiéndose próximo a los ideales de Juan Ramón hasta el punto de afirmar "muy bien podemos nosotros, a cada instante, alistarnos en su partido" (p. 105). El partido, claro está, de la poesía, de la vida gustosa, del trabajo agradable y completo... "Y este partido no sería parte, porque en él cabríamos todos, sería el verdadero estado único";

c) indicar algunas de las múltiples resonancias, influencias de la poesía de Juan Ramón, verdadero punto de inflexión de la creación poética del siglo xx en el mundo hispánico; y

d) sistematizar algunos de los numerosos proyectos de Juan Ramón, anticipando incluso las nuevas derivas de la escritura juanramoniana.

No es poco, como se comprenderá, para una obra que se movía aún en medio de un desierto crítico. Y no es sólo el suyo un enfoque histórico. Por más que nosotros, como Juan Ramón, hubiéramos deseado aún algo más de uno de los mejores críticos e intelectuales de la España de la primera mitad de nuestro siglo. Pero lo que nos dio fue mucho, y por ello debe ser conocido y reconocido como en verdad merece.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1972), *Litoral*, n^{os} 31-32.
- BO, C. (1943), *La poesía con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Hispánica.
- CAMPOAMOR GONZÁLEZ, A. (1999), *Bibliografía de Juan Ramón Jiménez*, Moguer eds. de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
- DIEZ-CANEDO, E. (1909), "Olvidanzas, 1 *Las hojas verdes*, por Juan Ramón Jiménez", *La Lectura*, Madrid, año IX, n^o 98, recogido en A. de Albornoz (ed.), *Juan Ramón Jiménez. El escritor y la crítica*, Madrid, Taurus, 1980, pp. 113-116.
- DIEZ-CANEDO, E. (1910), "Poesías. *Elegías*, II. *Elegías Intermedias*, 1908. *Baladas de Primavera*, 1907, por Juan Ramón Jiménez. Dos tomos. Madrid 1909-10", *La Lectura*, Madrid, año X, vol. III, pp. 67-68.
- DIEZ-CANEDO, E. (1943), "Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y los comienzos del Modernismo en España", *El Hijo Pródigo*, México, pp. 145-151, recogido en L. Litvak (ed.) (1975), *El modernismo*, Madrid, Taurus, pp. 212-225.
- DIEZ-CANEDO, E. (1944), *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, El Colegio de México.

- DIEZ-CANEDO, E. (1993), *La crítica literaria. Selección antológica de artículos*, intr., bibl., notas y comentarios de J. M. Fernández Gutiérrez, Badajoz, Diputación Provincial.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. M. (1984), *Enrique Diez-Canedo: su tiempo y su obra*, Badajoz, Editora Regional de Extremadura.
- GUERRERO RUIZ, J. (1998), *Juan Ramón de viva voz*, vol. I (1913-1931), Valencia, Pre-Textos.
- GULLÓN, R. (1958), *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus.
- GULLÓN, R. (dir.) (1993), *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, 2 vols., Madrid, Alianza.
- JIMÉNEZ, J. R. (1962), *Cartas. Primera selección*, F. Garfias (ed.), Madrid, Taurus.
- PAZ, O. (1991), "Fundación y disidencia. Dominio Hispánico", en edición del autor, *Obras Completas*, vol. 3, Barcelona, Círculo de Lectores.
- PAZ, O. (1991), "Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano", en edición del autor, *Obras Completas*, vol. 4, Barcelona, Círculo de Lectores.